

El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas¹

AMELIA DEL CARMEN RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

Grupo de investigación *Tarha*.

Dep. de Ciencias Históricas.

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

ANTONIO MANUEL JIMÉNEZ MEDINA

Concejalía de Patrimonio Histórico.

Exmo. Ayuntamiento de Arucas (Gran Canaria).

JUAN MANUEL ZAMORA MALDONADO

JOSÉ MANGAS VIÑUELA

Dep. Física.

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

RESUMEN. Los cantos rodados no tallados, así como otras pequeñas rocas de formas irregulares, suelen formar parte de los materiales recuperados en muchos contextos cronológicos y culturales. Las observaciones etnográficas, el análisis espacial y la traceología han servido para emitir hipótesis que expliquen su estatus en algunos casos, pero todavía son muchas las incógnitas que hay que desvelar al respecto. Nuestros estudios sobre las industrias líticas de las formaciones sociales del Archipiélago Canario de época preeuropea han puesto de manifiesto la necesidad de establecer criterios que permitan comenzar a discriminar la función de este amplio conjunto de rocas. Ello nos ha impulsado a entablar algunos trabajos etnoarqueológicos en aquellos contextos donde todavía se siguen usando en la actualidad. Un ejemplo de esta dinámica lo constituye este trabajo, insertado en un proyecto más amplio que tiene como objeto el estudio de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria. Para ello se ha realizado un análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados en la elaboración de este tipo de cerámica, modelada a mano. Se trata de un conjunto de cantos rodados de origen marino, de formas y granulometría variada, que se usan en distintos momentos de la cadena operativa. Los estigmas identificados pueden servir como evidencia para detectar el trabajo del barro, ayudándose de piedra, en cualquiera de esos contextos.

ABSTRACT. No chipped boulders and other little irregular rocks are often included among the materials found in many chronological and cultural archaeological contexts. Ethnographical enquiries, spatial analysis and use-wear studies have proposed some hypothesis to explain their status in certain cases, but there are still many aspects that may be explored on the subject. Our studies of the lithic industries produced by the social formations of the Canary Island in pre-European times have shown the necessity of establishing the function of this large rock set. So, we had pursued some ethno-archaeological works in those contexts where they are still in use. One example of this dynamic is this work, which forms part of a larger project focused on the study of traditional pottery of Gran Canaria Island. We have accomplished a use-wear analysis of the lithic tools employed in

¹ Este artículo se inserta en el marco del proyecto BHA2003-03930 del Ministerio de Ciencia y Tecnología, con el apoyo económico de los fondos FEDER.

the manufacture of this type of hand modelling ceramic. They are sea boulders, with variable morphologies and grain, used in several moments of the *chaîne opératoire*. The identified traces could help as evidence in order to detect the use of these artefacts in clay working.

Introducción

Los cantos rodados no tallados, así como otras pequeñas rocas de formas más irregulares, suelen formar parte de los registros recuperados en muchos yacimientos arqueológicos. Estas piezas son manifestaciones materiales de una amplia variedad de procesos productivos de formaciones sociales de los más variados contextos cronológicos y culturales.

Las observaciones etnográficas han permitido establecer un extenso panorama de ejemplos de uso para este tipo de piezas. También se ha intentado aclarar ciertos aspectos, a partir de la identificación de determinados estigmas macroscópicos y del estudio espacial y funcional de algunos yacimientos. Sin embargo, hasta hace relativamente poco tiempo, a los elementos de piedra que no exhibían modificaciones intencionales en su forma, no se les solía conceder el mismo estatus que al resto de evidencias arqueológicas de los yacimientos. Ello podría derivarse del aparente escaso esfuerzo invertido en su captación y habilitación para convertirlos en útiles de trabajo. Estas circunstancias han tenido un claro reflejo en la arqueología de las Islas Canarias. El menosprecio que existió hasta los años ochenta por las industrias líticas talladas, que eran consideradas «atípicas» y por tanto no susceptibles de ser estudiadas, pues no podían «compararse» con otros contextos, se traducía en auténtica ceguera a la hora de detectar, incluso, la existencia de otro tipo de elementos líticos (con excepción de los materiales de molturación). Pero la realidad de los contextos arqueológicos ha sido más fuerte que los apriorismos y en la actualidad nos enfrentamos al problema de interpretar con corrección todos los elementos recuperados en el trabajo de campo.

El análisis funcional de las industrias líticas talladas está comenzando a ofrecer datos que complementan otro tipo de aproximaciones metodológicas. El interés que hemos tenido por aclarar determinadas cadenas operativas, como la relacionada con la transformación de la piel en cuero, propició nuestras primeras incursiones en el campo de la etno-arqueología, confrontándonos con el uso de piedras no talladas como instrumentos de trabajo (Rodríguez Rodríguez, 1997 y 1999). Por ello, la necesidad de establecer criterios que permitan comenzar a discriminar la función de este amplio conjunto de rocas, nos ha impulsado a continuar con los trabajos etno-arqueológicos en aquellos contextos donde todavía se siguen usando en la actualidad. Un ejemplo de esta dinámica lo constituye esta aportación, insertada en un proyecto más amplio, que tiene como objeto el estudio de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria. En nuestro caso se está procediendo al análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados en la elaboración de este tipo de cerámica, modelada a mano. Se trata de cantos rodados de origen marino, de formas ovaladas o elipsoidales, aunque también los hay más irregulares, con granulometría variada, que pueden clasificarse según el momento en que se usen, en cuatro grupos: «lisaderas» o alisaderas de levantado; «rasponas»; «lisaderas» de finalizado o «aliñado» y bruñidores o «lisaderas de almagría».

Para ello, se ha procedido a detectar y sistematizar las huellas de uso (desgastes, accidentes lineales, trazas de percusión y pulidos) que se observan en estos artefactos. El material sometido a análisis ha pertenecido a dos loceros del centro alfarero de Hoya de Pineda (términos municipales de Gáldar y Santa María de Guía, isla de Gran Canaria) que han fallecido recientemente: D.^a María Juliana Suárez Vega y D. Nicolás Godoy Vega. Las piezas fueron empleadas a lo largo de muchos años, e incluso alguna de ellas procedía de sus antepasados desde varias generaciones.

Por otra parte, se ha tenido la oportunidad de estudiar las cadenas operativas de esta actividad alfarera gracias a la observación del trabajo de la locera D.^a Rafaela Santiago Suárez, hija de D.^a María Juliana, que ha continuado con el mismo oficio y es la última representante de esta actividad en ese pago. Ella ha sido asimismo la principal informante sobre aspectos técnicos o sociales y, sobre todo, para establecer la relación entre los útiles de su madre y el proceso de fabricación de los distintos tipos de recipientes elaborados con ellos. En algunos casos sigue empleando las mismas piedras de su progenitora, algunas de las cuales ya pertenecían a su tatarabuela.

Antecedentes históricos

Los historiadores y los etnógrafos que han abordado el tema de la evolución de la alfarería en la isla de Gran Canaria, encuentran muy complicado conocer los orígenes de la actividad locera tradicional. Muchos la consideran de clara filiación aborígen, ya que las producciones cerámicas preeuropeas son de una gran calidad y en ocasiones puede observarse ciertas reminiscencias en formas y decoraciones. Además, existen documentos del siglo XVI que manifiestan los problemas a los que se enfrentaron los olleros venidos desde la Península, pues el barro isleño no era muy apto para el torno y parece que resultaba más económico para la población insular adquirir loza de producción local, elaborada a mano. Por ello, muchos autores consideran que la alfarería autóctona pudo sobrevivir abasteciendo a las clases más populares, conviviendo con las importaciones de cerámica de lujo (Navarro Mederos, 1999). Sin embargo, nosotros pensamos que no hay que descartar que las cadenas operativas que conocemos pudieron ser influenciadas, además de por la población indígena, por esclavos o libertos moriscos y negros, ya que existen evidencias de que trabajaron el barro en las islas. También hemos argumentado que fueron otras circunstancias sociales y económicas las que propiciaron la pervivencia de esta forma de trabajar la alfarería, pues se sabe que en siglos posteriores, especialmente en el XX, diversos alfareros, procedentes de la Península, emplearon el torno con barro canario (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004).

Los datos históricos confirman que en el Archipiélago la elaboración de cerámica tuvo importancia durante los siglos XVII, XVIII y XIX, llegándose a exportar a la Península Ibérica, América e incluso África (Álvarez Rixo [1841]², 1955: 46; Escobar y Serrano [1793-1806], 1983, III: 34-35; Sosa [1678], 1994: 297-298). Nuestras investigaciones han recogido que en 1835 había aproximadamente unas trescientas sesenta y tres mujeres, residentes en la localidad de La Atalaya de Santa Brígida, dedicadas a la alfarería, y ya en el pasado siglo XX, los testimonios de

² Las fechas entre corchetes corresponden a las primeras ediciones de las obras.

algunas loceras contemporáneas aluden a que elaboraban en ocasiones, entre 20 y 30 piezas al día, con una producción destinada a abastecer mercados más allá de las Islas (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004). También se ha documentado que a lo largo del tiempo han existido movimientos de familias que practicaban la alfarería, desplazándose a otras localidades de su isla o a otros lugares del Archipiélago, para mejorar su calidad de vida. Con ellas trasladaban también sus tradiciones artesanales (Cuenca Sanabria, 1983; Fariña González, 1998; Navarro Mederos, 1992). Éste parece haber sido el origen del centro alfarero de Hoya de Pineda en la etapa contemporánea.

Esta localidad se ubica en el Noroeste de la isla de Gran Canaria, a unos 500 metros sobre el nivel del mar, entre los términos municipales de Gáldar y Santa María de Guía. Se trata de una población cuyo hábitat tradicional han sido las cuevas artificiales excavadas en la toba volcánica, aunque en los últimos años se han edificado diversos inmuebles de obra. Su origen se remonta al menos al proceso de colonización que siguió a la conquista de la isla, a finales del siglo xv, adoptándose como topónimo el del primer propietario que se benefició de aquellas tierras. En el lugar existen otros topónimos que aluden a la presencia indígena previa, como Hoya del Guanche o Tegueste, ambos curiosamente vinculados a la presencia de guanches de Tenerife, deportados y obligados a asentarse en ese territorio (Gabriel Betancor Quintana, comunicación personal). En todo caso, existen varios yacimientos arqueológicos que atestiguan la existencia previa de los antiguos canarios en ese enclave territorial, aunque no se pueda establecer una relación directa entre ellos y los colonos que lo ocuparon con posterioridad, y por tanto entre sus respectivas tradiciones alfareras³.

Las primeras referencias escritas a la elaboración de cerámica tradicional en Hoya de Pineda son del primer tercio del siglo xix y proceden del Padrón General de Población de Santa María de Guía, en 1834. En él consta la existencia de siete personas como alfareros. Sin embargo, hay que esperar al siglo xx para conocer los pormenores de esta labor artesanal, que fueron abordados en diversos trabajos etnográficos (Cuenca Sanabria, 1981; González Antón, 1977; López García, 1983). En general, todos coinciden en señalar la raigambre aborigen de la tradición alfarera y detallan los pormenores técnicos del proceso de fabricación de la loza. Sin embargo, nuestras investigaciones apuntan a que el origen de este centro alfarero sería relativamente reciente, en torno a comienzos del siglo xix, y que los artesanos procederían de La Atalaya de Santa Brígida. Esta última localidad sería el foco difusor del resto de centros que estaban en funcionamiento en la isla durante esa centuria (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2003). Las razones que llevarían a esta migración no están del todo claras, aunque podría relacionarse con la estratégica ubicación del lugar, con respecto a los lugares de venta y trueque del Noroeste de la Isla y la existencia de buenos barreros y las otras materias primas necesarias en sus inmediaciones.

³ Si bien, habría que aclarar que según los estudios realizados por Gabriel Betancor (2004), parece ser que en 1524, la que fuera princesa aborigen Maseguera, bautizada como Catalina de Guzmán, compraba loza de tradición indígena producida en Hoya de Pineda, a las hijastras de Luisa de Betancor, antigua princesa Tenesoya. Pudiera ser que en este pago se elaboraba loza de influencia indígena hasta el siglo xvi y que, luego, desapareciera esta actividad hasta que en el siglo xix, comenzara «nuevamente» la producción de cerámica, esta vez con gentes procedentes de La Atalaya.

La cadena operativa de la cerámica tradicional de Hoya de Pineda

Una vez establecido el contexto histórico del centro locero donde hemos llevado a cabo nuestro trabajo, pasaremos a describir los distintos procesos técnicos que implica esta producción alfarera, poniendo énfasis en la intervención de los instrumentos líticos que son el objeto de nuestro estudio. No está de más el recordar que esta secuencia es muy similar en toda la isla de Gran Canaria y, por extensión, en todo el Archipiélago. También hay que señalar que, hasta hace relativamente poco tiempo, el trabajo se llevaba a cabo en cuevas artificiales que se tenían preparadas para este fin. Se modelaba sobre el suelo, en el que previamente se había colocado una capa de arena para impedir que el barro se adhiriera. En algún caso se ha documentado el empleo de una laja de piedra como base.

Obtención de la materia prima (barro, desgrasantes, almagre y leña)

El barro se recoge en la Montaña de Guía, situada en la proximidad de Hoya de Pineda. Eran los hombres los que realizaban la extracción, con la ayuda de picos y azadas, reconociendo las vetas por su color y plasticidad.

La leña también procede del mismo lugar. Las especies más empleadas han sido el hogarzo (*Cistus symphytifolius*), retama (*Retama monosperma*) e incluso tuneras (*Opuntia Ficus indica*) o tablas y maderas viejas (Cuenca Sanabria, 1981).

El desgrasante procede del propio núcleo de población, pues se emplea la ceniza volcánica compactada que forma la toba o tosca en la que se excavan las viviendas, de manera que se han aprovechado los desechos de esa operación. Una vez obtenida la tosca, se machaca y se tamiza, quedando así preparada para su utilización.

En cuanto al almagre empleado en la decoración, éste se ha extraído generalmente, del pago de El Saucillo (Gáldar), a unos 2 kilómetros de distancia.

Preparado del barro

Una vez extraído el barro, se traslada a la cueva alfar, donde se machaca con un mazo de madera y se limpia de impurezas (raíces, piedras, etc.). La arcilla se depositaba en un hoyo, denominado *goro*, situado generalmente a la entrada. Allí se le añade agua, para que se esponje.

Una vez preparado el barro, se le incorpora la arena o tosca, que actúa como desgrasante. El «amasado» se realiza con los pies descalzos, siendo uno de los trabajos más duros en la elaboración de loza. Luego se termina de preparar con las manos, separando el que se ha utilizar en cada ocasión. Ésta es una labor eminentemente femenina.

Levantamiento de las piezas

El sistema empleado para levantar las piezas es el urdido y las artesanas lo llaman «hacer la funda». La arcilla amasada se golpea y achata para crear la base.

Luego se van añadiendo tiras de forma cilíndrica, denominadas bollos, que se van uniendo y moldeando con la mano, mientras se gira la base lentamente, con la ayuda de la arena depositada en el suelo. En este proceso la locera emplea las denominadas «lisaderas de levantar», que se usan como una prolongación de la mano, para estirar las paredes y ampliar el espacio interior del recipiente, participando igualmente de la homogeneización entre los distintos bollos. El movimiento que realizan es predominantemente unidireccional.

«Estas lisaderas [lisaderas de levantar] son para aquellas tallas que usted ve. Los bernegales y esas cosas, se hacen rectos para arriba, pero después, con estas lisaderas se van alargando, alargando y se va dándoles la forma. Primero, se alargaba por adentro y luego se deja, se le da un poco de barriga y se deja, y cuando esté bien encorao, bien encorao, vuelve y se coge otra vez un poco y, después, se emparejaba. Emparejar quiere decir que ya el bernegal se pone en el sitio, si hay una cosa que está metida un poco se saca, se va emparejando, emparejando» (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).

Una vez realizada la «funda», la pieza se pone a secar al aire, en algún sitio en el que exista sombra. El secado, denominado «oreado», dura entre uno y dos días. También en este caso son las mujeres las encargadas de levantar los recipientes.

Tratamiento de las superficies

Cuando la pieza ha perdido la suficiente humedad, comienza el tratamiento de sus superficies, denominado *habilitar*. En él se utilizan las «rasponas» de piedra irregular y granulosa y también trozos de aros de metal (antiguamente se empleaban fragmentos de caña de barranco o de madera) para desbastar. Este proceso consiste, *grosso modo*, en el adelgazamiento de las paredes de los recipientes, usando los aros metálicos (procedentes, en su mayoría, de barricas o toneles de vino) a la manera de cuchillos que «pelan» la superficie externa de las piezas, sobre todo en la base, extrayendo el barro sobrante. Una vez recortada la pared, se raspa, es decir se fricciona repetidamente la superficie al objeto de quitar todas las asperezas, con las «rasponas», efectuando un movimiento uni o bidireccional. Estas piezas se sumergen frecuentemente en agua para limpiarlas de barro y mantenerlas húmedas. Hay que aclarar que el recortado y el raspado se pueden alternar a lo largo del proceso.

A continuación se utilizan las «lisaderas de aliñado» para terminar de homogeneizar (emparejar) las paredes exteriores e interiores, dejándolas perfectamente lisas. Para ello las piedras friccionan la superficie, empleando un movimiento predominantemente bidireccional. En esta última operación también se procede a rehumedecer constantemente el canto utilizado. Aunque el «habilitado» de las piezas lo realizan generalmente las mujeres, es común que los hombres ayuden en esta tarea, que exige menos experiencia.

Decoración

Una de las peculiaridades de la cerámica tradicional de Gran Canaria es su decoración. Ésta se conseguía usando unos pequeños cantos conocidos con el nombre de «lisaderas de almagría», en esta isla, y como bruñidores en la literatura especia-

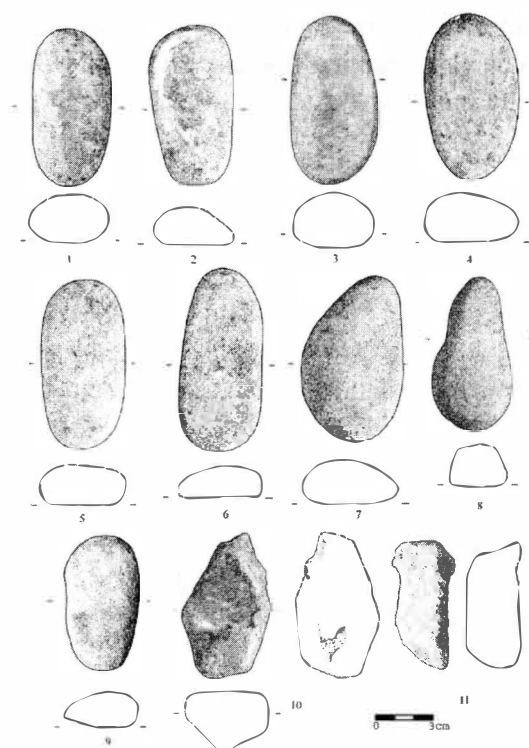


Figura 1. 1-9: lisaderas de levantar; 10-11: rasponas.

lizada. Estas piezas líticas son las herramientas más valoradas por las loceras. La técnica del bruñido, total o parcial, se realiza cuando la pieza está a punto de oreo. Primero se prepara el pulverizándolo mediante molinos de mano circulares y mezclándolo con agua y un poco de petróleo. Existen diversas citas del siglo XIX que comentan que en otras localidades se aplicaba orina y/o aceite de pescado. Después se procede a aplicarlo sobre las superficies de las piezas, frotándolo repetidas veces y con movimientos bidireccionales con la «lisadera de almagría», que también se moja en agua de forma reiterada, hasta que la superficie adquiera un brillo metálico⁴. La superficie de las piezas puede estar decorada sólo en parte. Los motivos son diversos y alguno de ellos es exclusivo de esta localidad. Una descripción de Pedro Lezcano Montalvo a propósito del Centro Locero de La Atalaya de Santa Brígida, ofrece una descripción de los bruñidores:

«Existen diversas formas de “lisaderas” y cada cual tiene su cometido. Unas picudas, sirven para pulimentar las bocas estrechas: otras cóncavas, para las asas y los bordes; algunas, agudas para grabados decorativos.

Lo interesante de estas piedras es el valor de reliquia que les otorgan sus propietarios. Las buenas “lisaderas” son centenarias; pertenecían a “sus mayores”, por lo que no logré que se desprendieran de ninguna, pese a mis ofertas, y me pareció que ejercían sobre las ancianas atracción de talismán.

⁴ En la actualidad D.^a Rafaela alterna sus lisaderas de almagría con el uso de un fragmento de manguera de plástico en la operación de bruñir las superficies de sus piezas cerámicas. El plástico consigue el mismo efecto que los bruñidores en menos tiempo. Sin embargo, esta alfarera no deja de utilizar sus lisaderas, a las que tiene en muy alta estima, y siempre finaliza el recipiente con ellas.

Las más viejas “lisaderas” están notablemente brillantes y pulimentadas a fuerza de pulimentar loza, (...)» (Lezcano Montalvo, 1944: 179).

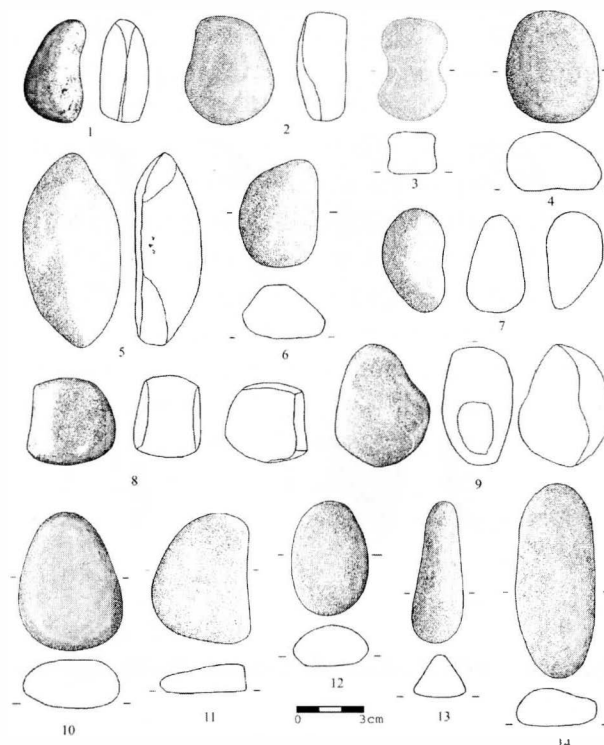


Figura 2. 1-9: lisaderas de almagría; 10-14: lisaderas de aliñar.

Guisado o cocción

El guisado en Hoya de Pineda se realiza en hornos cubiertos de una sola cámara y tiraje en la puerta (Sempere Ferrándiz, 1992). Este tipo de hornos produce temperaturas con una media de 800 a 1.000° C. El hombre era el encargado del horneado y recibía el nombre de «guisandero». Esta era una operación compleja, que requería una especialización. En cada hornada, es decir cada vez que se cargaba el horno de loza, la cocción duraba una media de tres horas. Es interesante añadir que antaño también se utilizaron cuevas artificiales como hornos.

Comercialización, distribución y venta

La venta y distribución de la loza de Hoya de Pineda se realizaba a pie, recorriendo distintos lugares, principalmente del norte de Gran Canaria⁵. En la misma participaban mujeres, hombres y niños, acudiendo a los mercados locales de Agaete, La Aldea, Moya, Tejeda, Bañaderos, Barranco Hondo, Tamaraceite o Las Pal-

⁵ En la actualidad las alfareras acuden a las ferias de artesanía, o bien reciben a los clientes en sus casas, realizando los encargos que se les encomiendan.

mas de Gran Canaria, llegando ocasionalmente a Telde y Agüimes. En algunos sitios la venta era más bien un trueque. Los artesanos se adaptaban al ciclo agrícola de recogida de las cosechas, de manera que acudían a cada lugar en función del tipo de cultivo dominante.

Tipología de la loza

Según varios autores (Cuenca Sanabria, 1981; González Antón, 1977; López García, 1983), así como nuestra observación directa en el propio centro alfarero y la tradición oral, las piezas cerámicas documentadas en Hoya de Pineda se relacionan con el menaje de la cocina rural. No obstante, la tipología cerámica tradicional de este lugar ha variado en estos últimos veinte o treinta años, a raíz de la celebración de ferias de artesanía y, sobre todo, a partir de la demanda de cierto tipo de piezas enfocadas al turismo (decorativas, de menores dimensiones, etc.).

Dadas las limitaciones de espacio que tenemos en este artículo, se va a exponer exclusivamente la nomenclatura de una clasificación funcional, remitiéndonos a las obras ya citadas para los detalles.

1. Manipulación de alimentos previa a la cocción: lebrillos.
2. Cocción de alimentos: cazuelas, cazuelos, ollas, tostadores o frigueras, tapas.
3. Servicio y presentación de alimentos: cazuelos, cucharas, platos, soperas, vasos.
4. Almacenaje y transporte: bernegales, jarras, porrones, tallas, tinajas, tapas.
5. Iluminación: candiles, palmatorias.
6. Contenedores de fuego: braseros, fogueros, hornillas u hornos de pan, sahumeros.
7. Higiene doméstica y personal: ganiguetes, pilones.
8. Otros: ceniceros, juguetes, macetas.

Análisis de las piedras usadas

Ya se ha especificado, en el apartado dedicado a la cadena operativa de esta actividad artesanal, el elenco de piezas líticas empleado en este trabajo, así como el momento en que intervienen en él. También hemos establecido que no poseemos evidencias claras de que exista una relación directa entre la tradición alfarera indígena y la que ha llegado hasta nuestros días. Sin embargo tenemos razones para pensar que en aquella época también se usaron cantos en el trabajo de la loza, pues existen diversos textos de las fuentes etnohistóricas que lo comentan, aunque deben tomarse con precaución. Así, las primeras citas sobre la existencia de las mismas, las encontramos en las obras de Antonio Cedeño (siglo xv) y Tomás Arias Marín de Cubas (siglo xvii). Se trata de relatos que, si bien hacen alusión a la cerámica indígena, cabría pensar que en algún caso están describiendo la realidad observada entre sus coetáneos. Es decir, tal y como afirman algunos autores, tienen que ver, al menos en algunos pasajes, con observaciones etnográficas (o incluso arqueológicas) más tardías (Onrubia Pintado, 2004). Un ejemplo es la relación redactada, supuestamente antes de 1495, por el conquistador natural de Toledo Antonio Cedeño:

«Tenían mujeres dedicadas para sastres, como para hacer loça de que usaban que eran tallas como tinajuelas para agua. Hacíanlas a mano i almagrábanlas i estando enjutas *las bruñían con piedras lisas* i tomaba lustre muy bueno i durable. Hacíánlos grandes i pequeños tasas i platos, todo mui tosco i mal pulido; a las ollas para el fuego i cazolones no daban almagra, después de esto hacían un [...roto ¿hoyo?] en la tierra onde ponían la losa i cubrían con tierra, i ensima hacían lumbre por un día u el tiempo necesario para coçer su losa, y seruía mui bien» (A. Cedeño en: Morales Padrón, 1993: 371) (el subrayado es nuestro).

Independientemente de que exista o no esa relación entre las dos tradiciones alfareras, lo que aquí se pretende establecer son los criterios que permitan identificar el empleo de piezas líticas no talladas⁶ en la elaboración de la cerámica para cualquier contexto cronocultural, aunque evidentemente se está empezando a contrastar estas conclusiones con materiales arqueológicos de Gran Canaria.

Características formales de las piezas

Los elementos líticos empleados en la elaboración de la cerámica de este centro locero y, por extensión, en toda la isla de Gran Canaria, proceden de las costas isleñas. En este caso, doña Rafaela Santiago Suárez, la última locera de Hoya de Pineda, nos comenta que recogían las piedras en la playa de Las Nieves (Agaete).

El origen detrítico y costero de estos elementos implica que puedan detectarse diversas materias primas en el conjunto y también que su morfología sea mayoritariamente la de cantos rodados de tendencia oval o elipsoidal, con distintos grados de aplanamiento.

En el conjunto que hemos analizado predominan las rocas eruptivas ácidas, que son las únicas que se eligen para hacerlas trabajar como bruñidores. La principal materia prima de los mismos es la ignimbrita fonolítica de naturaleza explosiva, con fragmentos líticos o cristales, con feldespatos y piroxenos. También hay fonolitas de textura fluidal y una roca silíceá que puede ser calcedonia u ónice.

En el caso de las lisaderas de levantar dominan los basaltos piroxénicos y olivínicos, que en algunos casos presentan una importante incidencia de vacuolas, que torna más rugosa la textura de sus superficies, aunque sean afaníticos. También hay basalto porfídico, fonolita de textura fluidal y una ignimbrita o brecha volcánica con granos de tamaño variable, así como líticos de grano grueso.

Las materias primas de las lisaderas de aliñado no pudieron determinarse en tres casos, mientras que en los otros dos correspondían a un traquibasalto y a un basalto piroxénico/olivínico.

Por último, las dos rasponas están compuestas por una amalgama de pequeñas rocas de diversa naturaleza cimentadas en una matriz. Una de ellas es de arenisca y puede observarse claramente la arena compactada de playa, que se disgrega con gran facilidad durante el trabajo. La otra tiene un origen antrópico, pues se trata de un trozo de bloque de hormigón, que proviene probablemente de un fragmento de baldosa de tipo terrazo o similar, que ha sido modelada por la erosión marina.

⁶ El estudio funcional efectuado sobre un conjunto de instrumentos tallados, procedentes del yacimiento mayorero de Zonzamas, nos permitió descubrir el uso de lascas sin retocar para el trabajo de la cerámica. En ese caso, se emplearían para adelgazar las paredes de los recipientes.

Las artesanas utilizan el tacto para elegir sus piezas. Nosotros hemos procurado correlacionar ese criterio y establecer una escala, en la que se han tenido en cuenta unas variables observables con lupa binocular a 10×, como el tamaño del grano y la cohesión de la matriz. De todas formas somos plenamente conscientes de la subjetividad de esta clasificación. En la escala se asigna un número de 0 a 3 que califica el grado de rugosidad y compacidad de las piezas, aplicándose el 0 a las de grano más fino y compacto y el 3 a las de grano más grueso, con matriz desestructurada y/o presencia de múltiples vacuolas.

La cualidad más importante cuando se trata de elegir una nueva lisadera de almagría o bruñidor es la extrema suavidad al tacto de su superficie. Por ello se seleccionan los cantos de grano más fino y homogéneo, de naturaleza masiva y un alto grado de compacidad. De los nueve bruñidores bajo análisis, siete fueron calificados con 0 y los dos restantes con 1, en nuestra particular clasificación⁷.

Lo contrario sucede con las rasponas, para las se requieren cualidades opuestas, pues lo que se necesita es precisamente una textura muy áspera, a la que hemos asignado el número 3. Sin embargo, tanto las lisaderas de levantar, como las destinadas al posterior regularizado de las superficies de cerámica pueden tener texturas muy diferentes, que hemos evaluado del 1 al 3.

Por lo que respecta a la morfología de las piezas, ésta es más determinante en el caso de lisaderas de levantar y de alinear que en las otras dos categorías de objetos.

Los bruñidores son por lo general las piezas más pequeñas, con unas dimensiones medias de 48 × 34 × 24 mm. Tienen además los menores índices de alargamiento y de carenado, lo que implica que son cortos y gruesos. Sus formas pueden ser bastante caprichosas, pues la intensidad de su uso ha ido creando áreas bien delimitadas por biseles, cuyas superficies tienen generalmente tendencia cóncava, que han modificado mucho su aspecto original. Además, tal y como quedó de manifiesto en la cita de los años cuarenta del siglo xx, era común que existieran lisaderas de almagría de formas variadas, lo que les permitía adaptarse al trabajo de cualquier lugar de la superficie de la loza.

Las lisaderas de alinear son las que siguen en tamaño a los bruñidores, con 63 × 36 × 17 mm. como media. Pueden ser alargadas o cortas, pero tienen un alto índice de carenado. Esto facilita que se destaque claramente uno o dos segmentos de la periferia del canto, bien delimitados por biseles, que serían las partes activas. Esos biseles activos también suelen tener una delineación de tendencia cóncava.

Las rasponas tienen formas irregulares. En este caso, las dos analizadas tienen unas dimensiones medias de 65 × 34 × 26,5 mm., con unas formas alargadas y gruesas.

Las piezas de mayor tamaño son las lisaderas de levantar, pues alcanzan una media de 81 × 43 × 21 mm., aunque hay que aclarar que existen diversos grupos de tamaño. Esto es así, porque suelen seleccionarse según la morfología y dimensiones del recipiente que se vaya a realizar, de manera que si éste es grande o abierto, como un pilón por ejemplo, la funda se levanta con una lisadera de mayor tamaño que si se va a elaborar un bernegal. Son además las que tienen un mayor índice de alargamiento y de carenado, es decir, son largas y delgadas. Al igual que

⁷ Esta suavidad al tacto se va acentuando con el uso, de manera que las dos menos utilizadas tienen una textura ligeramente más áspera.

ocurría con las lisaderas de aliñado, esto permite destacar claramente los biseles activos, que también tienen una morfología de delineación rectilínea con tendencia a la concavidad.

Distribución y características de las huellas de uso

Las huellas de uso observadas son: accidentes lineales, desgaste, estigmas de percusión y pulido. Se localizan en superficies amplias con delineaciones de tendencia plana a cóncava.

— **Lisaderas de levantar.** Los cantos rodados empleados para este fin muestran en su periferia biseles activos de desarrollo lineal y estrecho, que en ocasiones son visibles a simple vista. Esto es debido a su intenso desgaste, que puede llegar a crear delineaciones rectilíneas e incluso con tendencia cóncava, en unos segmentos de canto que originalmente fueron convexos. En la parte activa son muy numerosas las estrías, que se caracterizan por tener un destacado desarrollo longitudinal y orientación transversal. Su profundidad y anchura son variables y parecen depender principalmente de la dureza y textura de la roca. Por el contrario, no se ha podido determinar cómo afecta a estos accidentes lineales los cambios que pudiera producir el grado de humedad del barro o la posibilidad de variación en la presión contra el recipiente según el tipo de trabajo. En ocasiones se observa claramente que se produjeron con un movimiento de vaivén, y suelen aparecer agrupadas en haces espesos. La facilidad de observación depende fundamentalmente de la textura más o menos rugosa de la roca, siendo especialmente complicada cuando aparecen vacuolas. Los accidentes lineales también se observan en el resto de la pieza, apareciendo de forma errática y deben atribuirse a todo tipo de accidentes fortuitos. Por otra parte, es difícil disociar el pulido de las estrías, que, como hemos visto, tienden a ocupar la totalidad de las superficies de las áreas activas. Cuando las piezas se observan con la lupa binocular, destaca el brillo o lustre que desprenden las superficies activas, resultado de la mayor regularización de esas áreas con respecto al resto. Por el contrario, al microscopio se observa un pulido típico de contacto con material mineral. Es mate, de trama media a cerrada, de aspecto plano, sin volumen, que se desarrolla en manchas bien delimitadas, aisladas las unas de las otras. Hay que destacar que a esta escala se multiplica el efecto distorsionador de las vacuolas, dificultándose aún más la observación.

— **Rasponas.** Son los artefactos más irregulares en morfología y los de textura más áspera. Sin embargo, suelen poseer segmentos de superficie ligeramente más suave que el resto, pero es más difícil detectar zonas activas preferenciales, con claro desgaste. En ocasiones se ha percibido un cierto redondeamiento de alguno de los pequeños minerales y rocas que las componen, pero hay que mantener la precaución en ese aspecto, puesto que también pueden haberse producido por la previa erosión marina. Los accidentes lineales son muy difíciles de observar, debido a la gran irregularidad de sus superficies. En ocasiones es posible detectarlos en alguno de los pequeños fragmentos de roca que las componen, lo que ayuda a comprender la orientación del movimiento que realizaron. La variedad de la composición de sus minerales implica que las estrías tengan un ancho y profundidad variables, mientras que su longitud se circunscribe a la superficie de los cristales o rocas. Por todas esas razones no hemos podido detectar pulidos claros.

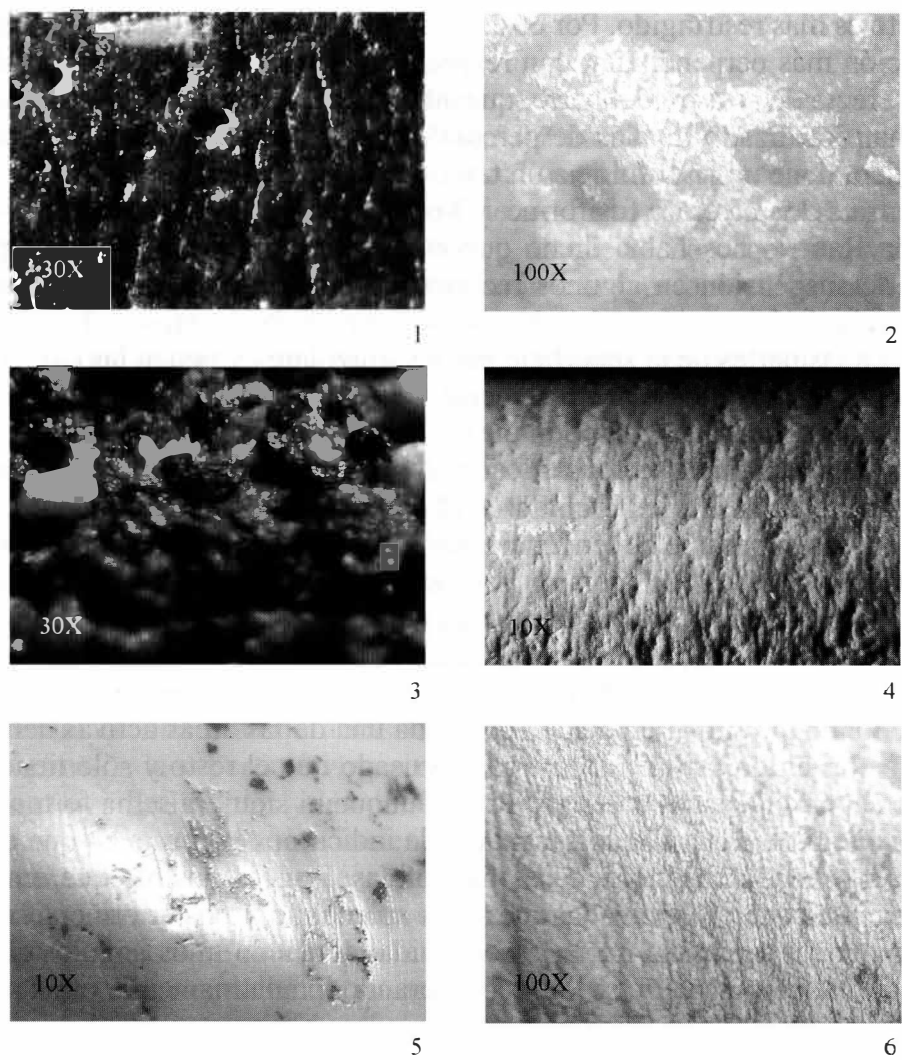


Figura 3. Microtopografías de lisaderas de levantar (1-2); raspona (3); lisadera de aliñar (4) y lisaderas de almagría (5-6).

— **Lisaderas de aliñado.** Los cantos seleccionados para este momento de la cadena operativa tienen sus superficies activas situadas en las mismas zonas que las lisaderas de levantar. La pérdida paulatina de masa y volumen de las piezas puede observarse claramente en la deformación de las curvas naturales de los cantos usados. Ya se ha indicado que ese desgaste está muy localizado, de forma que crea una superficie de desarrollo plano o cóncavo, bien delimitada por biseles. Sus estrías tienen una distribución idéntica a las de levantar. Ocupan la totalidad del área del segmento activo y tienen una orientación transversal. Quizá la única diferencia que se puede establecer entre ambas es que, en el caso de las lisaderas de levantar, las estrías desbordan ligeramente los biseles creados, mientras que en las de aliñar suelen circunscribirse de forma más clara a los límites de esas superficies, que cambian su ángulo de forma brusca. Esta circunstancia podría tener su explicación en dos causas. Por un lado, las lisaderas de levantar trabajan un barro muy plástico y húmedo, con lo que la superficie de contacto es más amplia, mientras que las de aliñar friccionan una superficie ya bien oreada, y por tanto más rígida, por lo que

el contacto es más restringido. Por otro, las lisaderas de alinear suelen emplearse con una posición más perpendicular con respecto a la superficie de contacto, disminuyendo el efecto de arrastre del barro, que además ya está más compacto. En un solo caso se han localizado huellas de percusión, consistentes en pequeñas cupulillas. Esta lisadera tiene una morfología un tanto atípica en relación con el resto del conjunto. Se trata de una pieza fusiforme, y los estigmas se encuentran en sus dos ápices. Doña Rafaela nos había dicho que esta pieza también servía para practicar orificios de suspensión en algunos recipientes, por lo que estas huellas serían la consecuencia de la presión del instrumento sobre el barro fresco. Los pulidos se observan en las partes de la superficie menos irregulares y tienen las características ya descritas de trabajo de materia mineral.

— **Lisaderas de almagría.** Son piezas con superficies activas más anchas, que pueden ocupar cualquier sector de los cantos, de manera que crean formas poliédricas y caprichosas. En los bruñidores el desgaste es espectacular, pues se crean facetas con una superficie de tendencia plana a cóncava, bien marcadas por los correspondientes cambios de ángulo. Las estrías presentan una gran densidad, cubriendo completamente la superficie de los más usados. Es bastante común detectar evidencias del uso de la pieza en movimientos bidireccionales. En unos casos guardan una orientación fija en toda la pieza, mientras que en otros pueden indicar dos o tres predominantes, que coinciden con cada una de las áreas activas delimitadas. Uno de los bruñidores está bastante menos usado que el resto y sólo tiene un segmento de superficie claramente empleado, aunque ni siquiera se ha formado el correspondiente bisel. Esta circunstancia puede indicarnos la forma en que estas piezas van adquiriendo sus caprichosas fisonomías. Así, es posible que empiecen a usarse por una zona determinada, que se va aplanando y posteriormente va adquiriendo una cierta tendencia hacia la concavidad, creando unos ángulos claros que la delimitan. A continuación se van incorporando, paulatinamente, otras partes activas hasta cubrir toda la extensión de la piedra. No existen muchas piezas con huellas de percusión, a pesar de que la forma de almacenarlas podría propiciar las fricciones⁸. Los accidentes más claros se han observado en la lisadera de almagría de mayor tamaño y consisten en pequeñas cupulillas, de las que parten a veces fracturas en estrella, que parecen haber sido generadas por una percusión directa. Se sitúan en la parte central de las dos caras más planas y de mayor tamaño del bruñidor. La distribución de las huellas nos hace pensar que el canto se usó en algún momento para percutir con cuidado sobre un objeto de reducidas dimensiones, pero esta acción no parece tener ninguna relación con su función en la cadena operativa alfarera. Esta pieza tiene una morfología particular, pues las distintas zonas activas han creado dos zonas apicales bien destacadas, en las que también se observan algunas melladuras. Estas últimas quizá se han producido por la fricción con otras piezas, aunque también podrían relacionarse con su uso para bruñir superficies estrechas como el interior de asas, pitorros, etc. Por último, gracias a la mayor regularidad de la microtopografía de los bruñidores, es aquí donde mejor se pueden observar las características antes mencionadas de los pulidos.

⁸ Todas las piezas se guardan juntas en el mismo contenedor que se llena de agua para ir lavándolas y humedeciéndolas durante el trabajo.

Conclusiones

En primer lugar hay que destacar que no se han observado diferencias netas en las huellas de uso que puedan atribuirse a los distintos tipos de trabajo que llevaron a cabo los diferentes útiles. En realidad todos ellos ejecutaron un movimiento transversal, uni o bidireccional, sobre la superficie del barro más o menos oreada. Además todos ellos se almacenaban en el mismo recipiente lleno de agua y restos de arcilla y almagre. Por tanto, será la observación con lupa binocular, incidiendo en la intensidad y en la distribución de las huellas de uso, la que dará información más pertinente, mientras que el microscopio metalográfico ofrecerá detalles de mayor precisión, que tenderán a ser similares para cada tipo de roca, independientemente del trabajo que hubiera realizado.

Creemos que es posible distinguir claramente entre bruñidores y lisaderas de levantar o de alinear, tanto por la propia morfología de estos objetos como por la distribución de los estigmas de uso.

Los bruñidores son generalmente cortos y gruesos, están constituidos por una serie de superficies activas bien delimitadas por biseles, que en ocasiones les confieren una morfología poliédrica, con caras de tendencia cóncava. Son los elementos más reflectantes, lo que es una consecuencia de la intensidad de uso, del añadido intencional de una materia abrasiva como es el almagre y, sobre todo, de la textura tan fina de la superficie virgen del canto originalmente seleccionado.

Las lisaderas de levantar y las de alinear la superficie del recipiente comparten una serie de estigmas comunes. Suelen respetar más claramente la morfología original del canto rodado que se seleccionó para ser usado, pues la zona de trabajo es más limitada. Principalmente ostentan unos segmentos de filo activo bien delimitados, con un desgaste que modifica la curvatura natural del canto y la vuelve rectilínea e incluso cóncava. Además, en ocasiones es posible distinguir a simple vista o a la lupa binocular una pátina o lustre diferencial con respecto al resto de la superficie. Las estrías tienen siempre una orientación transversal y se agrupan en haces muy densos. Las diferencias radican en que parecen estar más limitadas al interior de la superficie marcada por los biseles en las de alinear, mientras que los accidentes lineales en las de levantar suelen desbordar ese marco.

También el análisis morfológico de estas dos categorías de artefactos puede ayudarnos a diferenciarlos. Las lisaderas de levantar acostumbra a ser de mayor tamaño, con índices de alargamiento y carenado altos. Sus filos activos suelen tener un mayor segmento de arco en acción. De hecho, las alfareras pueden distinguir en esta categoría entre lisaderas para trabajar recipientes abiertos como tostadores, frigueras, pilones o platos, que suelen ser las de mayor tamaño, y lisaderas para trabajar recipientes cerrados como bernegales o jarras, que son más pequeñas. Las lisaderas de alinear tienen la tendencia de ser más cortas, aunque también son delgadas, y sus filos activos tienen un segmento de arco menor.

Por último, las rasponas serían la categoría más difícil de detectar en un registro arqueológico. No tienen una morfología estereotipada, ni tampoco se selecciona una materia prima concreta, sino que cualquier roca áspera puede servir. Por ejemplo, podrían confundirse con piezas de formas irregulares que en la actualidad siguen siendo empleadas para depilar la piel del cerdo. En todo caso, sólo la observación detenida de todos los elementos recuperados en el yacimiento podrá ayudar a dilucidar el contexto de trabajo que los generó.

La suma de todos estos datos nos permitirá disponer en el futuro de una serie de criterios objetivos que van a facilitar la identificación de parte de los cantos rodados que se localizan en los yacimientos arqueológicos como integrantes de las cadenas operativas de elaboración de recipientes cerámicos. Sea cual sea el origen de las tradiciones alfareras actuales, esta circunstancia no es tan crucial para los objetivos de nuestro trabajo. Las huellas de utilización que han quedado impresas en las piedras son el testimonio de la transformación de unas materias primas concretas, el barro, la toba y el almagre molidos, en un determinado contexto en el que varían agentes como el nivel de humedad, y unas cinemáticas de trabajo recurrentes y pautadas, orientadas a obtener unos resultados determinados. Esos estigmas están comenzando a ser identificados en los contextos arqueológicos de la isla, pero también pueden serlo más allá del mar, donde hayan existido loceras y loceros que trabajaran el barro ayudándose de piedras.



Figura 4. D.ª Rafaela Santiago levantando «la funda».

Bibliografía

- Álvarez Rixo, J. A. (1955 [1841]): *Cuadro histórico de estas Islas Canarias, noticias generales de su estado y acaecimientos más memorables, durante los cuatro años de 1808 a 1812*, El Gabinete Literario, Las Palmas de Gran Canaria.
- Betancor Quintana, G. (2004): «Los canarios y la caña de azúcar, siglo XVI», en: *XVI Coloquio de Historia Canario-Americana. Resúmenes*, p. 15, Las Palmas de Gran Canaria.
- Cuenca Sanabria, J. (1981): «Las cuevas de Pineda: un centro alfarero de tradición aborigen en el noroeste de Gran Canaria», *Aguayro*, 131: 23-25.
- Cuenca Sanabria, J. (1983): «El Cercado: centro alfarero de La Gomera», *Aguayro*, 147: 25-28.
- Escolar y Serrano, F. (1983 [1806]): *Estadística de las Islas Canarias, 1793-1806*, Tres tomos, Las Palmas de Gran Canaria: Ed. Caja Insular de Ahorros de Las Palmas.
- Fariña González, M. A. (1998): «Las loceras de San Miguel de Abona (Tenerife)», *El Pajar*, 3: 49-58.
- González Antón, R. (1978): *La cerámica popular en las Islas Canarias*, Con la colaboración de Manuel J. Lorenzo Perera, Santa Cruz de Tenerife: Ed. Cabildo de Tenerife.
- Lezcano Montalvo, P. (1944): «Visita a La Atalaya de Gran Canaria», *Tradiciones Populares: Palabras y Cosas. Colección de ensayos y notas de folklore canario*, I, pp. 171-184, La Laguna: Ed. Instituto de Estudios Canarios.
- López García, J. S. (1983): «Cerámica popular canaria: taller de Hoya de Pineda de Gáldar», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 29: 567-576.
- Marín de Cubas, T. A. (1986 [1687-1694]): *Historia de las siete Islas de Canarias*, Edición de Angel de Juan Casañas, Juan Régulo Pérez, María Régulo Pérez y Julio Cuenca Sanabria, Madrid: Ed. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria.
- Morales Padrón, F. (1993 [1978]): *Canarias. Crónicas de su Conquista. Transcripción, estudio y notas*, Madrid: Ed. Cabildo de Gran Canaria.
- Navarro Mederos, J. F. (1992): *Los gomeros. Una prehistoria insular*, Trabajos Prehistóricos, 1, Santa Cruz de Tenerife: Dirección General de Patrimonio Histórico.
- Navarro Mederos, J. F. (1999): «El viaje de las loceras: la transmisión de tradiciones cerámicas prehistóricas e históricas de África a Canarias y su reproducción en las islas», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 45: 61-118.
- Onrubia Pintado, J. (2004): *La isla de los guanartemes. Territorio, sociedad y poder en la Gran Canaria indígena (siglos XIV-XV)*, Madrid: Ed. Cabildo de Gran Canaria.
- Rodríguez Rodríguez, A. C. (1997): «La tecnología de la piel y el cuero en la Prehistoria de Canarias. Una aproximación etnoarqueológica», *El Museo Canario*, LII: 11-31.
- Rodríguez Rodríguez, A. C. (1999): «The Reconstruction of Ancient Leather Technology or How to Mix Methodological Approaches», *Urgeschichtliche Materialhefte*, 14: 99-110.
- Sosa, Fray J. de (1994 [1678]): *Topografía de la Isla Afortunada de Gran Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria: Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Sempere Ferrándiz, E. (1992): «Catalogación de los hornos de España y Portugal», en: AA.VV., *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, pp. 185-237, Alicante: Ed. Asociación de Ceramología.
- Zamora Maldonado, J. M. y Jiménez Medina, A. M. (2003): «Sobre el origen de la actividad locera en Hoya de Pineda (Gáldar-Santa María de Guía, Gran Canaria)», *Tenique*, 5: 15-58.
- Zamora Maldonado, J. M. y Jiménez Medina, A. M. (2004): *El centro locero de Tunte (San Bartolomé de Tirajana, Gran Canaria)*, Las Palmas de Gran Canaria: Ed. F.E.D.A.C. Cabildo de Gran Canaria.